



Concurso de Escritura

Categoría A: “El soldadito de plomo”

Primer Premio

Bayta Lucía Argerich

Escuela Primaria N°2 “Benemérito General Bartolomé Mitre”

“Mi valiente soldadito de plomo bailarín”

En una fábrica de juguetes de Estados Unidos estaban armando unos soldaditos con plomo derretido, pero uno les quedó sin una pierna. Al verlo, lo pusieron entre los que no iban a vender. Después de todo, ¿quién querría un soldadito sin una pierna? Así que lo tiraron. El soldadito no entendió el por qué, así que pensó que fue un error y se metió en la bolsa de juguetes listos para vender. Lo llevaron a una máquina que, por lo que vio, ponía a los soldaditos en cajas. Luego de meterlo en una caja lo llevaron a una juguetería donde un hombre de barba larga y blanco lo agarró y lo metió en una bolsa amarilla. El soldadito les preguntó a los otros soldaditos si sabían adonde iban y uno llamado Rick le respondió:

-Es Papá Noel quien nos agarró, ¡Es un honor!

Pasaron por París, Londres, Italia hasta llegar a Argentina donde los lanzaron por la chimenea a él, a Rick y a un montón de soldaditos más. Cuando abrieron su caja el soldadito vio un par de ojos azules de un niño de pelo marrón que lo sacó y gritó:

-¡Un soldadito como el que pedí! Oh, le falta una pierna, ¡Eso lo hará hiper especial!

El niño se llamaba Walter y tenía como una docena de soldaditos de plomo. Los soldaditos se burlaban de él por tener una pierna pero Rick siempre lo defendía.

Un día vio de lejos una bailarina de papel que posaba en una pierna. Él creyó que le faltaba una pierna y se enamoró perdidamente.

Por la noche Walter lo dejó en la ventana a la noche y antes de dormir le susurró:

-Eres el mejor amigo que podría tener.

Era una noche lluviosa y ventosa y el soldadito se cayó por la ventana, hacía frío y estaba húmedo. El soldadito durmió toda la noche. Al amanecer la lluvia había dejado charcos donde los niños hacían veleros de papel.

Los niños vieron al soldadito y dijeron:

-¡¡¡Mirá qué lindo Germán!!!

-¡Sí Trixy, es muy pequeño!

-¡¡Agustín ven al verlo!!

-¡Voooy Rox!

-Deberíamos ponerlo en un barquito Germán.

-Color morado

-O azul

-Calma Rixy, Rox y Agustín



-¡¡¡O multicolor!!!

-¡Gran idea Trixy empezaremos ya!

Por lo que vio el soldadito había cuatro chicos, dos nenas y dos nenes, Trixy era la menor y él pensó que debería tener unos cinco años. Tenía pelo rubio y ojos verdes, Agustín la seguía en edad y asumió que tenía siete años, tenía pelo marrón y ojos azules (eso le resultó extraño a Walter), luego estaba Rox que debería tener ocho años, tenía pelo marrón y ojos grises, finalmente el mayor era Germán que tenía diez años con pelo rubio y ojos marrones. Lo metieron en un barquito y lo hicieron navegar todo el charco, pero, en lugar de llegar al otro extremo del charco cayó en las tuberías donde un pez se lo comió.

Habían pasado cinco días y el soldadito sentí que se ahogaba. Cuando abrieron el pez en el que estaba vio con alegría a Walter. Lo que había pasado era que, al tragarlo el pez, lo pescaron y en el supermercado se lo vendieron a la mamá de Walter... y así se reencontró con su dueño. Walter lo agarró con alegría, tenía los ojos llorosos, mitad porque estaba feliz de verlo y mitad porque había llorado todos los días desde que lo perdió. Lo abrazó y lo puso junto a Rick y todos los demás. Entonces le contó a Rick lo que le pasó. Al ver a la bailarina de papel, juntó valor y le dijo:

-Qué casualidad que te falte una pierna como a mí. ¿La perdiste en un accidente o naciste sin ella?

-Jajaja, no me falta una pierna, es una pose de ballet que tengo todo el tiempo porque me armaron en una pierna.

-Oh, tal vez yo pueda bailar...

-¡¡Sería asombroso!!

El tiempo pasó y la bailarina y el soldadito se casaron, Walter ahora tenía un castillo. Y jugaba a que los soldados iban a rescatar a la bailarina, pero siempre la rescataba el soldadito. Los demás soldaditos ya no lo trataron mal luego de ver que era muy valiente al pasar por la aventura que pasó. Lo apodaron "El valiente soldadito de plomo".

Finalmente el soldadito también se convirtió en bailarín por lo que la bailarina lo apodó "El valiente soldadito de plomo bailarín".



Segundo Premio

Milagros Lara Schaffino

Colegio Ayres del Cerro

“El soldadito y la bailarina”

Había una vez quintillizos. Cada uno había recibido para su cumpleaños un soldadito de plomo de regalo. Cuando uno de los niños fue a abrir su regalo, se dio cuenta de que su soldadito tenía una sola pierna, pero no le importó. El soldadito, al salir de su caja, vio una brillante bailarina de juguete, y al verla quedó enamorado. A la noche, casi al amanecer, cuando todos dormían un pájaro pequeño y de juguete vio al soldadito y pensó “No voy a permitir que él consiga a la brillante bailarina” (porque él era el protector de la bailarina). “Lo voy a llevar a un lugar donde esté en peligro”, pensó. Y así fue, lo llevó dentro de su caja a las vías de un tren y se fue.

Cuando el niño se despertó, al ver que el soldadito no estaba allí se preocupó mucho, porque era su regalo de cumpleaños. Entonces lo empezó a buscar. Pero el soldadito no estaba en la habitación; por lo tanto fue a buscarlo afuera. Pero tampoco estaba en el patio. Mientras tanto el soldadito casi era pisado por un tren, cuando un viento fuerte lo voló hasta un bosque cercano. En el bosque un lobo hambriento se lo comió de un bocado. Luego vino un cazador, que mató al lobo y al abrirle la panza encontró al soldadito de plomo y lo tiró. El viento voló al soldadito hasta la puerta de la casa del nene que era su dueño, y él al entrar lo encontró. La hermosa bailarina de juguete al pensar en toda esa aventura del soldadito y en lo valiente que había sido, se enamoró ella también. Y los dos vivieron juntos para siempre.



Mención

Aymar Schneider

Escuela Primaria San José 1008

“Un amor a primera vista”

Había una vez, en un shopping, una gran tienda de juguetes. En ese lugar todas las noches, cuando se cerraban las puertas, todo quedaba en silencio y oscuro. Los juguetes cobraban vida, salían de sus cajas y se movían por toda la juguetería. En ese mundo de juguetes, uno podía tener amigos o enemigos.

En una de las estanterías, llena de polvo, en una caja rotosa, se encontraba un soldadito de plomo con una sola pierna. Él estaba muy triste porque nadie lo compraba y ni siquiera lo miraban. Aquellos que lo veían se reían de su defecto. A su lado se encontraba, un muñeco de madera con movimientos torpes que siempre lo alentaba, diciéndole que algún día, saldran juntos de ese lugar e irán a la casa de su padre, Gepetto, un artesano en madera, que le hara una nueva pierna.

Al soldadito la idea le gustaba mucho, pero a la vez, lo ponía muy triste. Él estaba perdidamente enamorado de una bailarina, que todas las noches bailaba en el pasillo frente a él, junto al principito. Un diminuto niño rubio, de ojos celestes, aventurero y soñador, que conquistaba a la bailarina con sus dulces palabras.

Si salía de ese lugar, como le decía su amigo Pinocho, nunca más la vera. Y eso, al pobre soldadito lo ponía muy triste. Él siempre se conformaba con solo verla bailar y ella nunca lo había visto.

Una mañana, hicieron limpieza en la juguetería y colocaron en oferta, en una gran caja, al soldadito junto a otros juguetes. El soldadito estaba muy nervioso porque no sabía qué iba a pasar con él.

Pasado un tiempo, se acercó una señora ayor, lo tomó en sus manos y lo miró con mucho amor mientras se dijo: “Es justo lo que estoy necesitando. Álvaro se pondra muy feliz”. Lo colocó en su canasta, se dirigió a la caja y cuando el soldadito miró a su lado, en la canasta, estaba ella, la bailarina, quién por primea vez lo vio y le sonrió. Nunca se había sentido tan cerca de ella y tema que notara que se había puesto colorado. En ese momento todo se oscureció, y el juguete sintió mucho miedo. Lo habían envuelto en un papel de regalo y no podía ver.

Tiempo más tarde, sintió que algo se rompía y la luz le molestaba en sus ojos. Frente a él, con mucha ternura, lo miraba un niño. Era Álvaro, que estaba en una centro de rehabilitación de un hospital, en silla de ruedas. Álvaro había tenido un accidente en auto on sus padres y la habían amputado una pierna. Ahora le colocaran una pierna ortopédica. Al verlo, el niño se sonrió, lo miró con mucha ternura y le dijo:

-Es la primera vez que veo a alguien como yo. Muy pronto saldremos de aquí y jugaremos juntos.

Cuando llegaron a la casa, Álvaro pidió a su madre si podía traer a su vecino Ernesto. Ernesto era un hombre mayor que trabajó toda su vida en una carpintería que ahora, de jubilado, hacía artesanías en madera. El hombre se acercó a Álvaro y el niño le entregó al soldadito y le dijo:

-Mi amigo necesita una pierna igual que yo, sé que tú puedes hacer que él se sienta mejor.



Y luego el anciano se retiró llevando en sus ásperas manos al juguete.

Álvaro tenía una hermana menor, Sofía, quien coleccionaba muñecas. Sofía bailaba danza clásica y soñaba con bailar algún día en el Teatro Colón. Su abuela le había regalado la bailarina de la cual siempre estuvo enamorado el soldadito. Esa mañana, cuando Sofía vestida de princesa, bailaba junto a su muñeca en el comedor y había dado cuerda a su caja musical, golpearon la puerta.

Apresurada y dando vueltas con su vestido Sofía le dijo a su madre:

-Voy yo, mamá. Y abrió la puerta junto a su bailarina en la mano. Era Ernesto, el artesano, quien traía al soldadito con una nueva pierna y pintada de azul brillante. El soldadito estaba feliz porque ahora podía caminar y su rostro se iluminó, al ver a la bailarina, su bailarina, es que todas las noches bailaba en el pasillo de la juguetería. Sofía corrió rápidamente a la habitación de Álvaro a entregarle su muñeco y mientras corrían la bailarina miraba con mucha ternura al soldadito.

Y desde ese día, todas las noches, cuando se apagan las luces de la casa, comienza a sonar la caja musical. El soldadito y la bailarina noche tras noche, bailan sin parar.

De vez en cuando, recuerda a su amigo Pinocho, el de la juguetería y se dice: *-Tenías razón, mi amigo, conocí a Gepetto y me devolvió la vida-*, pero en realidad es Ernesto, el abuelito del barrio.



Mención

Gabriel Massera

Escuela Particular Incorporada n°1008 San José

“Los amigos en el rescate de la princesa”

Había una vez un soldadito de plomo que estaba junto a sus compañeros, muy ansioso esperando en una juguetería, que alguien decida comprarlos, para luego poder jugar y divertirse todos juntos.

Cuando fue el Día del niño, un abuelo compró la caja para regalársela a su nieto, los soldaditos saltaban de alegría!!!

Cuando el abuelo le dio el regalo a su nieto Gabriel, el niño muy feliz le agradeció y sorprendido abrió la caja sacando todos los soldaditos, menos al soldadito de plomo que le faltaba una pierna, porque dijo que podía caerse y romperse.

El soldadito de plomo estaba muy triste, porque él quería ir a jugar con los demás soldados. Pero cuando llegó la noche y el niño se fue a dormir... sorpresa!!! Todos los juguetes en ese lugar recobraron vida!!! Fue fantástico, porque todos podían jugar.

Entonces el soldadito de plomo aprovechó a salir de la caja con la ayuda de uno de sus amigos y comenzó a divertirse. En ese momento que estaba en una batalla de soldados vio que cruzaba el campo de batalla una hermosa muñeca, era una princesa. El soldadito se enamoró de repente.

Pero un dragón y su amigo dinosaurio pasaron furiosos y se la llevaron a la princesa. Ella gritaba muy fuerte y le pedía al soldadito que la ayude.

Los soldados iban a elegir a uno y el soldado de plomo dijo que quería ir a rescatarla. Entonces lo eligieron a él por su gran valentía. El soldadito llamó a su amigo el caballo Lucas, lo llamó de un silbido y el caballo vino rápidamente.

Entonces los dos se fueron a la cueva del dragón y del dinosaurio donde estaba la dulce princesa.

Fueron rumbo a la cueva y pasaron por un bosque, donde se encontraron con un caballero y él les preguntó dónde iban, el soldadito de plomo le respondió: - *¡Vamos a salvar a la dulce princesa! ¿Nos ayudas?*

Y el caballero respondió: - *¡Sí! Espera que busque mi caballo.*

Siguieron camino y pasaron por un lago donde había un monstruo del Lago Ness que también les preguntó dónde iba. El soldadito le respondió: - *A salvar a la dulce princesa.*

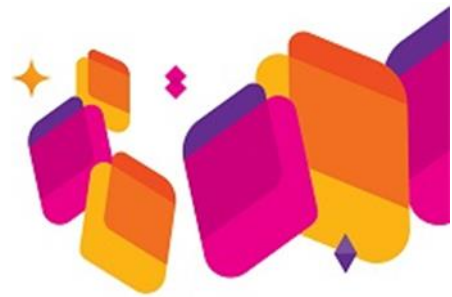
Y el monstruo del Lago Ness les dijo: - *Yo los acompaño y los protegeré.*

Caminaron durante un largo tiempo hasta que vieron la cola del dinosaurio, un ala del dragón y supieron que llegaron a la cueva. Desde muy adentro de la cueva se escuchaba: -

Socorroooooooooooooo... socorroooooooooooooo... socorroooooooooooooo...

Entonces el soldadito de plomo dijo: - *¡Así está mi princesa!*

Y el monstruo del Lago Ness lo llevó al soldadito de plomo a la cueva y entraron. Y el caballero cubría sus espaldas. Cuando entraron vieron al dragón y al dinosaurio triste. El soldadito les preguntó por qué estaban tristes y los dos les respondieron: - *¡Porque queremos tener más amigos!*



El soldadito de plomo les dijo: - *¿Por qué no nos preguntaron si queríamos ser sus amigos?
¡Porque nosotros hubiéramos dicho que sí!*

Le princesa dejó de pedir auxilio y se puso contenta.

Desde ese momento fueron todos amigos y regresaron a la casa del niño Gabriel y todas las noches cuando el niño se dormía recibían la visita del dragón, del dinosaurio, del monstruo del Lago Ness y del caballero. Y todos jugaban felices.



Categoría B: “El traje nuevo del Emperador”

Primer Premio

Ernesto Frontons

Escuela N°55

“Los cuentos del Emperador”

Hace mucho tiempo en una tierra muy, muy lejana, existía un Emperador, al que le fascinaban los libros. Él leía todos los días, doce horas cada día. El resto de las horas tenía que dar informes, discursos y presentaciones aburridas.

Un día, se encontraba leyendo en su despacho, en el que tenía una biblioteca gigante de veinte metros de ancho y veinte de largo, que estaba totalmente llena llena de libros y pergaminos. Cuando terminó de leer la última página de su libro, un sentimiento de horror lo invadió: había terminado de leer el último libro de su biblioteca.

El Emperador tomó su billetera y salió a comprar libros, pensaba comprar varias docenas porque solo tenía un día libre para salir de compras y no quería faltar al trabajo porque ya había usado varias de esas horas para leer. Cuando llegó a la primera tienda, empezó a buscar. Buscó y buscó, pero nada encontró. Miró las grandes enciclopedias, papiros, revistas, comics y hasta en la sección de niños. El resultado fue siempre el mismo, todo ya lo había leído. Tienda por tienda visitó y nada nuevo encontró. Cuando estaba en la caja de la última tienda lo saludaron muy cordialmente, (claro, era Emperador de su pueblo). La cajera le explicó que no sabía por qué no habían llegado libros nuevos y le pidió disculpas.

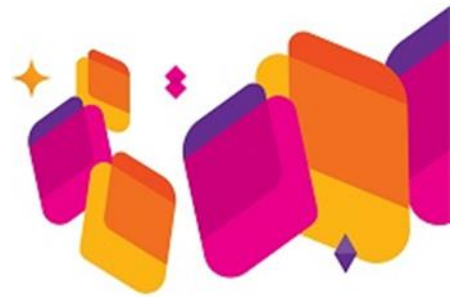
Triste, el Emperador volvió a su mansión en el centro del pueblo, allí mismo ordenó a su gente llamar a todas las tiendas de todos los pueblos cercanos en busca de nuevos libros. Tras largas horas de continuos llamados, el hombre se comenzó a desesperar. ¡En todas las tiendas de todos los pueblos lo mismo: nada nuevo para leer! Ya cuando estaba perdiendo las esperanzas uno de sus ayudantes le contó que había hablado por teléfono con una persona que decía conocer dos autores dispuestos a escribir un libro nuevo por un precio justo. El Emperador se emocionó, los llamó personalmente y accedió a pagar lo que pedían.

Lo que nadie sabía era que los autores eran en realidad embaucadores profesionales que, al enterarse de su desesperación, urdieron un plan para estafarlo y sacarle todo el dinero que pudieran. Es así que al día siguiente se presentaron en la mansión ante el Emperador que los recibió con mucho gusto, pero con apuro. Sus primeras palabras fueron: “¿Trajeron el libro?”. Los embaucadores le dijeron que necesitaban tiempo y dinero para comprar los materiales necesarios. Por ello solicitaron la suma de 10000 monedas de oro, el Emperador gritó y protestó pero finalmente accedió.

-¡10000 monedas de oro por un libro!

-El arte cuesta caro. Le respondieron sonriendo con picardía.

Tras una semana de no tener noticias los embaucadores volvieron a la mansión, traían el tan deseado libro que parecía tener mil páginas. El soberano se emocionó tanto, apurado por comenzar a leer pagó a los estafadores y los despidió rápidamente. Disimuladamente el par



de pillos se marchó con el dinero para no ser vistos nunca más en esos pagos.

Sentado en el sillón de su preciada biblioteca se dispuso a leer su nueva adquisición. Abrió el libro y leyó la primera hoja "Para el crédulo Emperador: Gracias por el dinero, prometemos disfrutarlo".

Pasaron las semanas y el pobre hombre atravesó todos los sentimientos negativos que existen. Se enojó y gritó, lloró y patealeó, tuvo miedo de que sus súbditos piensen que es un tonto, mandó a buscar a los pillos por todos los pueblos conocidos, se desesperó al no encontrarlos y finalmente se encerró por un mes y dejó de realizar todas sus obligaciones.

Al transcurrir un mes, ningún empleado se animaba a golpear la puerta de su dormitorio para saber si estaba bien. Al final, uno se animó, se acercó a su puerta y dijo:

-Pero Señor Emperador, yo no entiendo, usted que leyó tanto, ¿no se anima a escribir un libro?

Los ojos del Emperador brillaron nuevamente.

-¡Eso es! Voy a escribir un libro, el mejor libro, serán todas las historias que siempre pensé y nunca conté.

Al pasar las semanas, el Emperador había escrito infinidad de cuentos: eran las historias de su pueblo con sus súbditos como personajes. Al leer tan bellas historias acerca de ellos mismos, los habitantes amaron cada vez más a su soberano, por lo que fue conocido como el "Emperador del Pueblo" y sus cuentos se contaron por miles de años.



Segundo Premio

Anush Eriakian

Colegio Mekhitarista

“El carbón precioso”

Era una cálida noche de verano. La agrupación Scout había ido de campamento a Junín de los Andes. Acampamos a los pies del volcán Lanín.

Esa noche, a Juanita, Vicky, Sofi y a mí, nos había tocado hacer guardia. Para que la tarea fuera más llevadera, decidimos hacer la guardia las cuatro juntas. Caminamos charlando entre las carpas contando chistes y riéndonos. Dimos varias vueltas y, finalmente decidimos ir a la carpa cocina que estaba un poco más alejada que el resto. Estábamos aburridas y no sabíamos qué hacer. Decidimos jugar a las escondidas a la luz de la luna llena que iluminaba el campo.

Después de un interminable concurso de “pan y queso”, terminé contando yo. Todas salieron corriendo y yo conté hasta 50.

Encontré a Vicky detrás de un árbol y a Juanita tras una enorme roca, matándose de risa.

Cerca, había un enorme tronco hueco. Me pareció ver que alguien se ocultaba.

Indudablemente tenía que ser Sofi. Decidí meterme adentro del tronco por la otra punta. Iba gateando en silencio tratando de no hacer ruido, cuando de pronto, toqué algo circular, de vidrio, que rodó haciendo ruido. Prendí la linterna. ¡¿Una botella?! ¿Qué haría esa botella ahí?

Sofi escuchó el ruido y salió corriendo del tronco.

-¡Picaaaaaa para todos mis cooooopañeroooooos! – Gritó con todas sus fuerzas.

Tomé la botella y la examiné con curiosidad. Parecía tener un papel adentro. Salí del tronco y volví a donde estaban las chicas.

*-¡Miren lo que encontré! – Les dije excitada por mi descubrimiento - ¡Tiene algo adentro!
¡Parece un papel! ¿Qué será?*

Nos olvidamos de las escondidas y haciendo mil suposiciones, volvimos a la carpa concina a buscar un sacacorchos para abrir la botella y poder examinar su contenido.

Tras quitar el corcho, sacamos el papel y lo desenrollamos. Vicky se dio cuenta que era un antiguo mapa que llevaba a un lugar donde había un tesoro.

-Che, ¿qué será ese mapa? – dijo Juanita.

-¿Por qué no vamos a ver qué es? A lo mejor nos volvemos ricas. –dije.

-Podemos escaparnos mañana a la noche, salimos de la carpa sin que la guardia nos vea y nos vamos. – insistí.

A la mañana siguiente tocaron el silbato. Nos levantamos e hicimos la actividad diaria. En la hora del descanso, al mediodía, preparamos las cosas para escaparnos esa noche para ir a buscar el tesoro.

Salimos cuando hacían guardia los más chiquitos, así sería más fácil escapar. Fuimos sigilosamente por atrás de las carpas hasta salir del campamento. Ya afuera, miramos el mapa, y siguiendo sus indicaciones llegamos a la entrada de una cueva escondida a los pies del volcán Lanín.

Cuando entramos vimos una caja iluminada por la luna que se filtraba por una grieta. Nos sorprendimos. ¡No podíamos creerlo! Habíamos encontrado el tesoro.



-Qué emoción. ¡Lo encontramos! – dijo Juanita muy exaltada.

-Bueno, ¿quién abre la cajita? – preguntó Vicky.

Lo decidimos por “piedra, papel y tijera” y gané. Me acerqué a la caja y la abrí. La luna iluminó un enorme pedazo de carbón negro. Me desilusioné mucho. Para no decepcionar a las chicas dije:

-¡Oooo! ¡Qué bella gema! – “Esto más que gema parece un carbón”, pensé, “mejor, digamos que es una gema, yo insistí para que vengan... a ver si se enojan...”

-¡Siii! ¡Es hermosa! – dijo Juanita, siempre tan alegre. Aunque para sus adentros pensó “Eso, más que una gema parece un pedazo de carbón, sigámosle la corriente, no quiero desilusionarla”

-¡Es perfecta! – dijo Vicky mientras pensaba “¿qué tomaron estas? Por las dudas digamos que sí, a ver si quedo en ridículo”

-¡Somos riiicaas! – gritó Sofi dudando si eso era una gema o un pedazo de carbón. “Mejor, no digo nada” pensó “a ver si es gema en serio y si digo que es carbón me dejan afuera”.

Volvimos al campamento, nos metimos en la carpa sin que la guardia se diera cuenta y, apenas nos dormimos, sonó el silbato para levantarnos.

-¿Qué hacemos? – Preguntó Juanita - ¿Le decimos al Jefe de nuestro hallazgo?

Decidimos que lo mejor era decirle. Le diríamos que encontramos la gema en el río mientras nos aseábamos. Cuando le mostramos la “gema preciosa” nos miró extrañado y exclamó:

-¡Qué bella gema! ¿Por qué no le pregunten al joyero del pueblo? Seguro que les van a pagar muy bien. – “¿Quién les va a dar algo por un pedazo de carbón?” pensó “no voy a ser yo el que les rompa la ilusión, mejor no digo nada”.

Todo el campamento admiró nuestra “gema” y nos felicitó. Nadie se animó a decir que era un pedazo de carbón inerte. Al menos, tenía todo ese aspecto.

A los tres días, hicimos una salida al pueblo. Aprovechamos el rato que nos dieron para comprar chocolates y recuerdos. Después fuimos al joyero del pueblo. Las cuatro sabíamos que no nos iban a dar nada, pero ninguna se animaba a admitirlo.

-Buenos días – dijimos tímidamente al entrar al local.

-Buenos días – respondió el joyero - ¿En qué puedo ayudarlas?

Dudamos un poco, no sabíamos qué decir...

-Encontramos un gema – dije, finalmente, juntando valor.

-A ver, muéstrenmela – dijo extendiendo su mano.

No nos animábamos a darle el carbón. ¡Nos iba a sacar corriendo! Deposité temerosamente el pedazo de carbón en la mano extendida del joyero y di un paso atrás, con miedo a que nos saque a patadas.

El joyero, de edad avanzada, muy tranquilo, agarró la lupa y se puso a examinar el carbón. “Pobres chicas, se las ve muy ilusionadas” pensó, mientras miraba de reojo nuestras caritas sonrientes... “Me recuerdan a mi nietita. Les voy a dar algo para que no se vayan tristes”.

-Eso es ébano negro en bruto. ¡Qué buen descubrimiento que hicieron! – mintió.

Nosotras no lo podíamos creer. Sorprendidas nos miramos, sonriendo de oreja a oreja.

-¿Lo quieren vender?- preguntó- si les parece bien les puedo dar 100 pesos.

“¿Veinticinco para cada una por un pedazo de carbón?” pensé.

-¡Venga! –dije excitada. Juanita, Vicky y Sofi asintieron muy contentas. Agarramos los cien pesos y nos fuimos felices.



El joyero agarró el carbón y lo dejó sobre una repisa. “Cuando haga asado lo uso” pensó. Pasaron muchos días hasta que un día, la esposa del joyero, se puso a hacer limpieza en el local. Pasó el plumero por todos lados y empezó a tirar todo lo que le parecía basura, ya que su marido, tenía costumbre de guardar todo lo que se le cruzaba por las manos. Cuando se topó con el carbón pensó: “¿Y esto para qué sirve?” Lo agarró y lo tiró en un balde metálico que acababa de vaciar. El carbón impactó contra el fondo del balde y se partió. Un hermoso y enorme diamante comenzó a brillar con luz propia.



Mención

Lucas Seidel

Instituto José Manuel Estrada

“La nueva generación de estafadores”

Sus vidas eran complicadas, pobres y sin esperanzas. En aquellos tiempos lejanos robar era cosa fácil si se tomaban algunas precauciones, pero nadie vivía con eso. Era más una cuestión de necesidad que una profesión.

Hace un tiempo atrás, momento que nadie recuerda el año preciso, aparecieron dos ladrones. Dos jóvenes que lograron hacer historia, cambiando el destino de generaciones anteriores. Estos jóvenes se dedicaban a robar a quienes podían. No siempre salía bien el robo, pero se esforzaban siempre por mejorar. Estos jóvenes, según la historia que se escucha en algunos lugares eran Lyudmil y Law, pero nadie lo sabe con seguridad. Ellos más que solo robar estaban buscando ir más allá, buscaban ser estafadores. Según ellos, eso era robar con astucia. Todos tienen un inicio, una primera vez. Su primer robo con astucia fue concretado un día nublado, a un vendedor de trigo. Lyudmil y Law decidieron tratar de quitarle el trigo, pero sin perder dinero. Entonces lo que hicieron fue pedir prestada una cabra loca y darle pasto con tilo, para que le de sueño. De esa forma la cabra se dormiría y parecería muerta. Fue cuando le propusieron un trueque al vendedor de trigo. La cabra por dos bolsas de cereal. El vendedor asombrado por el desigual cambio ya que la cabra valía más dinero que sus bolsas de trigo, aceptó la propuesta y tomó la cabra. La dejó sobre una mesa del jardín para faenarla más tarde.

Al día siguiente, obviamente, la cabra no estaba, ya que había despertado y huido para regresar a su corral. El agricultor buscó a los estafadores, pero no los encontró en la ciudad. Lyudmil y Law en esta se salieron con la suya. Pero no por mucho tiempo.

Lyudmil y Law volvieron a tener necesidad de obtener ganancias sin esfuerzo ni gastar plata. Decidieron dar un paso más en el arte de estafar y eligieron a alguien más importante, alguien conocido en su pueblo. Se decidieron por el comisario, un hombre respetado por todos y dueño de uno de los caballos más bellos y rápidos del lugar. El comisario era muy inteligente y había atrapado a varios ladrones. Lyudmil y Law pensaron en quedarse con el fiel corcel, Mandrake se llamaba.

El plan de Lyudmil y Law era mentir diciendo que había un robo en su casa que estaba cerca de la comisaría, pero no tanto. Sabían que el comisario iría caminando a la casa a investigar el robo. Fue el momento preciso en que Lyudmil y Law robaron el corcel del comisario sabiendo que él estaba a una considerable distancia y no podía verlos. Lamentablemente para ellos, el comisario se dio cuenta muy rápido de su plan y volvió pronto, alcanzando a ver que el caballo no estaba. Pero no había muchos caminos en la zona para llevar un caballo y él los conocía a todos. Lo más fácil era tomar el camino que se dirigía a Monchengladbach. Sospechó que seguramente tomarían ese.

Como ya no tenía caballo, el comisario le pidió al cartero que llegara lo más rápido posible para avisar a las ciudades más próximas que dos ladrones se dirigían hacia allí.

Cuando Lyudmil y Law ya estaban cerca de Monchengladbach el ayudante del comisario



automáticamente bajó a los estafadores del corcel y junto con otros compañeros los arrestaron.

Terminaron los dos rufianes con una sentencia de un año en la cárcel, y para colmo, en celdas separadas. Pues teniendo tiempo de sobra y viendo que lo de las estafas era lo suyo, comenzaron a pergeñar un plan. Los únicos momentos en que se podían ver era el almuerzo y la cena. Esos momentos eran muy preciados para la pareja de ladrones, se la pasaban hablando del próximo golpe. Estando en esa prisión se enteraron de un monarca en tierras lejanas, que era muy arrogante y le gustaba vestir siempre con la mejor ropa. Además, poseía muchos bienes y riquezas, que guardaba en habitaciones secretas de su palacio. Fue así que se les ocurrió la mejor forma de apoderarse de esa fortuna sin necesidad de robar. Sería el golpe maestro que los alejaría definitivamente de esa vida peligrosa y pobre. No querían esperar más para llevar a cabo el plan, así que una noche Law fingió tener una pesadilla, el guardia entró a la celda para despertarlo y en ese momento, aprovechando la sorpresa, lo noqueó. La fuga resultó perfecta y se concretó correctamente. Como la mala experiencia de su último robo quisieron ser precavidos, y modificaron sus cabellos y barbas para pasar desapercibidos y que no los reconocieran como los ladrones fugados.

Su nueva presa, el monarca, debía recibirlos como si fueran sastres, y diseñadores de ropa, de la mejor ropa.

Confiaban en su plan, que consistía en hacerle un traje al monarca el cual era invisible para los tontos, pero precioso para los listos e inteligentes.

Como ya se sabe, el plan se concretó, y durante muchos días pidieron hilos de oro, telas de plata y botones de diamantes. La historia de los libros de cuentos relata que cuando le entregaron el supuesto traje mágico al Rey éste no lo veía, pero para no ser tratado como un tonto no dijo nada. Es más, si bien no está escrito, se escuchó en el aire que el monarca incluso quería volver a verlos para darles una propina extra, pero los ladrones ya habían huido hacia otro destino vueltos inmensamente ricos.

Nada se volvió a saber de Lyudmil y Law. Nunca más nadie fue estafado por estos dos ladronzuelos. Algunos dicen que se compraron un reino, otros que cambiaron de nombre. La realidad es que descansaron habiendo logrado salir de esa vida complicada, pobre y sin esperanzas.

Eso sí, a partir de ese momento todos tuvieron que cuidarse mucho más de los ladrones, porque empezaron a quedarse con las cosas sin necesidad de robar.



Mención

Tiziana Rodriguez

Escuela de Educación Secundaria Agraria de Azul

“El disgusto de la Reina”

Esta historia comienza en el día en el cual con mis dos amigas nos hicimos para por las mejores modistas del Reino. Un Reina, a la cual le encantaban os vestidos, buscaba a alguien que inventara un vestido tan maravilloso que hiciera que las demás personas del reino sólo la admiraran a ella y a su vestido.

Es cuanto escuché el rumor, le comenté a mis amigas, a las cuales les interesó el tema, y decidimos presentarnos ante la Reina. Le ofrecimos realizarle un vestido que sería tan hermoso y admirable, que le encantaría a sus súbditos. La Reina aceptó. Nos dio el dinero para comprar las telas, confiando en que nosotras seríamos las mejores.

Éramos tres, y ninguna de nosotras tenía experiencia con las telas, no sabíamos qué debíamos comprar. Entonces decidimos comprar las telas más baratas, y quedarnos con el dinero restante.

Llegado el momento de realizar el vestido, mis amigas determinaron que ellas dos serían las encargadas de elaborarlo, mientras que yo me encargaría de realizar el diseño y también de distraer a las personas que intentaran entrar a la habitación, ya que las telas no eran las adecuadas.

Durante el proceso del vestido la Reina envió a siete servidores suyos, pero ninguno logró pasar.

La Reina estaba muy ansiosa por ver el resultado de nuestro trabajo, así que fue a nuestra habitación para verlo con sus propios ojos; pero le dijimos que tendría que ser una sorpresa para el día de la presentación.

Obviamente no era cierto, sino que le dijimos eso para poder reparar el desastre que habíamos hecho, ya que al día siguiente sería el evento. La Reina se fue un poco furiosa. Arreglamos lo que pudimos de la prenda, pero ya había llegado el momento del desfile. Le dijimos a la Reina que el vestido estaba hecho con hilos de oro y las más maravillosas y hermosas telas, que era un diseño único y especial para ella. Pero, en cuanto la Reina se lo probó estaba muy insegura. Nos preguntó varias veces si la prenda era la indicada para ella, a lo cual respondimos que sí.

El momento del desfile había llegado. La Reina lo lucía recibiendo muchísimos comentarios buenos, porque nadie quería decir lo contrario. Pero entre la gente había un borracho, y él sí se animó a decir que era horrible. Entonces las personas empezaron a decir lo que en verdad pensaban: que el vestido era feo, que las telas eran de una calidad muy mala, que estaba mal bordado y muchísimos más comentarios malos.

En el momento en el que escuchamos eso se nos dio vuelta el estómago, no sabíamos en qué nos habíamos metido. Mientras, la Reina desfilaba como si nada, la gente se marchaba. Todo era un desastre.

El evento había llegado a su fin, nosotras tres, paralizadas, éramos las únicas que



permanecíamos allí. La Reina vino hacia nosotras muy enojada por escuchar esos comentarios, tanto que no vio un escalón que había. Tropezó y se cayó al piso.

En ese momento aprovechamos para salir corriendo y no volver nunca más a ese Reino.

Categoría C: “La niña de los fósforos”

Primer Premio

Natalie Viviana Barbón

Escuela Nacional Ernesto Sábato

“La última llama”

Latente en la noche, la niña de las cerillas caminaba arrastrando sus pies para no perder su calzado.

-¡Fósforos! ¡Fósforos! ¡Solo a diez pesos! – Gritaba en las calles desoladas de aquella noche de invierno.

Avanzó tres cuerdas sabiendo que cada paso que daba era e vano, pues en noches como aquella, las personas con familia disfrutaban al calor del fuego de deliciosos manjares y gozaban con humoradas que – aunque no tenían demasiada gracia – alegraban el ambiente. Todos reían.

Todos felices.

Todos, menos ellas.

“Más vale que hoy no vuelvas con las manos vacías”. La voz de su padre irrumpía en la soledad de sus pensamientos y hacía eco en las calles de su memoria.

Un hombre pasó caminando a su lado y la niña, con una sonrisa que iluminaba su rostro, le mostró la bolsa con los fósforos, ofreciéndoselos. Pero él, en cambio miró sus cabellos enredados y su ropa descosida, y sin decir palabra siguió de largo. Luego se perdió en la oscuridad.

El viento helado, que parecía enviado desde el mismísimo infierno, llenó las calles con un sonido de muerte y la nieve comenzó a darle color pálido al camino.

Asustada, la pequeña comenzó a correr en busca de refugio. Tan rápido iba, que una de sus zapatillas abandonó su pie para esconderse en la blancura de la nieve. Sin embargo, no había tiempo de detenerse. El viento comenzaba a soplar con más fuerza.

La búsqueda de un reparo parecía interminable, y la nieve caía copiosamente sobre su cuerpo, deteniendo, por momentos, la marcha. Encontró, finalmente, un espacio entre las paredes de dos casas contiguas, que le permitieron resguardarse del temporal.

Pronto el frío cubrió la noche y colmó cada rincón y cada espacio de la ciudad desierta.

“Ya pasa” - susurraba la pequeña, sentada en el piso, mientras intentaba ocultar sus pies debajo del delantal. En la oscuridad pudo ver que sus manos habían adquirido un tono violáceo, y sintió que su cuerpo perdía el poquito calor que le quedaba. Las pequeñas nubes de calor que aún salían de su boca no hacían más que servir de alimento al frío.

Entonces encendió una cerilla, rogando que el viento no se llevara la llama consigo. Mientras protegía el fuego con sus manos, cerró los ojos y se concentró en su respiración.



El aroma de un pollo asado la obligó a abrir los ojos. En la lujosa habitación el fuego de la chimenea estaba encendido y la mesa dispuesta para la cena. La niña llegó hasta los leños, mas el calor, ni siquiera alcanzó a rozar sus manos heladas. El frío la abrazaba nuevamente para despertarla.

Sin demorarse encendió otra cerilla. Un gran pino decoraba una sala iluminada por la llama roja del fuego. Su padre se acercó y le acarició afectuosamente la cabeza.

Con una sonrisa, la niña se sumergió en sus brazos. Ahora era la madre la que servía el pavo en la mesa de la cena. Los tres, felices, se sentaron a comer, pero cuando la pequeña estaba llevando el primer bocado a su boca, todo se desvaneció.

Las luces que antes decoraban aquel pino brillaban en el cielo.

El viento finalmente cesó y el frío detuvo su intensidad.

Junto con el nuevo fuego, su abuela aparecía con los brazos abiertos para recibir a su amada nieta., que entre risas y llantos le recordaba cuánto la había extrañado. Pero de pronto la imagen de la anciana comenzó a desvanecerse, y la niña desesperada hurgó en la bolsita los fósforos que retuvieran su presencia.-*No te vayas* – repetía, mientras encendía una cerilla tras otra.

Las pequeñas llamas se fueron apagando.

La noche cedió su lugar al amanecer.

Tal vez alguien lloró en el nuevo día por la pérdida de quien fue ignorada por todos.

Tal vez alguien cargó su cuerpo cubierto de escarcha.

Tal vez su madre, gritó cuando lo supo, y su padre se arrancó los cabellos.

Tal vez.

La niña nunca pudo saberlo. El viento, que la había visto sufrir y soñar, la llevaba a un lugar sin navidad, donde una abuela, al calor de la chimenea celestial, servía la mesa mientras esperaba emocionada el abrazo de su nieta.



Segundo Premio

Sofía Aylén Farao
Instituto San Alfonso

“Noche de cenizas”

Ese invierno fue de los peores. Ese mes de julio en el que las ventiscas trazaron las calles con su silbido amenazador y fantasmagórico se presenta en la memoria de quienes lo vivieron como una sombra en sus recuerdos. Claro que, como es de esperar, no todos los habitantes de Buenos Aires lo pasaron de la misma forma. Quienes contaban con calefacción y abrigo, rieron melodiosamente bajo la seguridad de su techo, compartiendo acogedoras escenas importadas de películas hollywoodenses, sin reparar en lo que ocurría afuera de sus viviendas.

En ese invierno, Cecilia., de trece años, se encontró a ella misma vagando perdida por las siniestras veredas, brazada por la oscuridad de la noche. Con la agonizante llama de su último cigarrillo, a punto de consumirse del todo, como única fuente de calor para su helado corazón. ¿Qué hacía una jovencita de tan solo trece años fumando y caminando sola a tales horas de la noche? Bueno, de preguntárselo a ella, la respuesta hubiera contenido una colorida diversidad de insultos y ataques, seguidos de una dramática retirada para evitar más indagaciones. A Cecilia no le hacían ninguna gracia los curiosos que preguntaban más de lo necesario. Sin embargo, el lector debería saber, por el mero propósito de dejarle entender este desvarío guardado en las mentes de quienes fueron partícipes, que no había sido elección de la chica estar afuera. No, fue su padre, su querido *viejo*, el que tuvo la brillante idea. Claro, después de semanas sin visitantes, las cosas comenzaban a complicarse. Había deudas, siempre deudas, y había hambre. *“Yo no puedo mantenerte, corazón (él siempre tan amoroso), así que mejor que empieces a usar esa boca para otra cosa que no sea quejarte”*.

No tenía caso intentar explicarle que los hombres no se molestaban en salir de la comodidad de sus casas en invierno solo para verla a ella. No tenía caso repetirle las palabras de sus últimos clientes cuando protestaron por sus huesos sobresalientes y su falta de lucidez. Su padre, ese hombre, no entendería. En su casa, la psicología se ejercía a golpes.

“Frío, hace tanto frío”. Los dedos de Cecilia temblaban cuando levantó el cigarrillo, solo para encontrarse con una colilla apagada. Maldijo, maldecir le salía de maravilla, y miró al cielo, esperando... ¿esperando qué? No lo sabía. Tal vez a que el verano asesinase a ese monstruo vil que se clavaba en su piel como cuchillas. Tal vez a que las horas pasaran más rápido para poder volver al mísero calor de sus mantas apolilladas. Tal vez un milagro.

No fue ella la primera en notar el auto, un auto elegante y caro que venía a esa zona tan olvidada por todos los santos con un solo propósito. Fueron las otras, las mujeres corrompidas que usaban corazas en sus pieles maltratadas para no sentir el viento cruel, las que reaccionaron en masa para recibir al osado visitante. Cecilia, una vez avisada, tomó una bocanada de aire lacerante y se despegó de la pared con la que se había intentado proteger. Fue una sorpresa, un milagro escuchado, cuando el automóvil se detuvo frente a ella. Con su elegancia empresarial, brillando bajo las luces de la calle, la puerta del acompañante se abrió,



invitándola a entrar. Casi se sintió mal por las otras, pero lo cierto es que el invierno se había llevado sus ganas de llorar.

Dentro la esperaba un hombre. Un hombre al que sonrió con gusto, pues era su salvador. Ese hombre de unos cincuenta y tantos que probablemente tenía algún tipo de fetiche con las jóvenes. Un fetiche que Cecilia, en ese momento, agradeció a los dioses. Si es que los había.

-*Sos joven* – dijo él cuando llegaron a su departamento. Un piso en la torre de cristal desde el que la ciudad se podía ver como una maqueta. Cecilia no contestó, en cambio, comenzó a desvestirse... solo para detenerse casi al instante: - *Eso no será necesario. Por favor, decime quién sos.*

Y como buena hija de su padre, Cecilia se cruzó de brazos, un último suspiro de petulancia, y preguntó si le pagaría. El hombre, llamado Lorenzo, sonrió:

-Sí. Y mucho. – entonces ella comenzó a hablar. Bajo la atenta mirada de su misterioso cliente, se desnudó de una forma distinta a la que acostumbraba.

Cuando terminó, él se levantó de su sillón y se acercó a ella. Acarició su mejilla y algo extraño pasó: se largó a llorar. ¿Qué hacía ella allí? ¿Qué hacía en este lugar, siendo esto? ¿Siendo un error?

-Dormí aquí, por favor, no podés estar más tiempo a la intemperie – dijo Lorenzo y no sonó a que tenía alternativa, sin embargo ella no lo notó. Cecilia lo miró y con un hilo de voz preguntó:

-¿Por qué yo? Si solo soy ceniza. Soy nada. – su misterioso caballero no le contestó, en cambio, le señaló adonde podría descansar. Resguardada por el calor de un hogar a la leña y la pesadez de las mantas. Un sueño, un milagro. ¿Es que estaba alucinando? No, todo tiene un precio. Y esto lo tendría, solo que no lo pagaría esa noche.

A la mañana siguiente, un montón de billetes y una sola nota quedaron de su salvador: “Dulce ceniza, aún queda una llama en vos, no las desperdicies”.

Cecilia le sonrió al dinero más que a la nota y susurró a la nada:

-*No lo haré.*



Mención

Rocío Comini

Instituto San José de Flores

“El callejón de los fósforos usados”

Si vivir era fuego, ella se sentía en una cortina de humo que la vida desprendía, al margen de todo. Fue ese el sentimiento que la invadió cuando entró en la boca del callejón, arrastrando los pies descalzos hacia su desconocido interior. Se sentía vacía. Era una muchacha escuálida y chupada hasta los huesos, alta pero encorvada, o al menos eso era lo poco que su silueta dejaba ver bajo el firmamento sin estrellas.

La oscuridad del callejón era muy peculiar, ya que no era negra en absoluto, sino que se extendía por todas las superficies con tintes de azules saturados. Las frías sombras hacían que el pelo de la muchacha se viese violeta, largos rulos enredados y sucios que bajo la luz de una llama hubiesen encandecido de rojo. Ella, que parecía salida del fuego, dentro del callejón no era más que una figura tenue y desvanecida. Con los dedos del pie desnudo sintió la áspera textura del piso, como si fuese de carbón. Eran los cadáveres de cientos de fósforos usados. Nos lo comprendía. Tantos fósforos usados, ningún fuego a la vista.

Ahí solo había sombras y frialdad.

El viento le penetraba la ropa andrajosa que vestía, haciendo que le tiemble el labio inferior y convirtiendo su respiración en un vaho. Con un espasmo violento, contrajo su cuerpo, plegándose sobre sí misma para conservar en su interior un calor que ni siquiera existía.

Inmóvil, advirtió movimientos, una sombra más oscura que las otras, una persona oculta en la penumbra. No veía bien su rostro, solo llegó a distinguir el pelo corto y huesos prominentes en la silueta de lo que parecía un chico de su edad. Una silueta que se removía con movimientos repetitivos. Una mano que levantaba un fósforo, dos que lo acercaban al rostro para examinar, y que luego lo dejaban caer de vuelta al suelo, al montón de fósforos usados e inservibles.

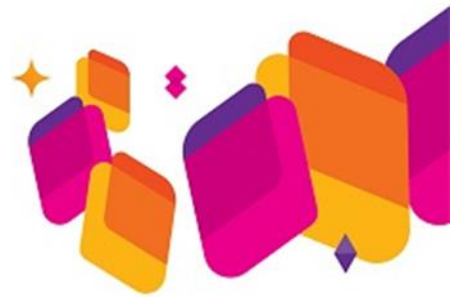
-Trató de no pensar en el frío – susurró desde la oscuridad la voz ronca del muchacho –, ¿sí? Te va a ayudar.

Ella no lo podía ver, pero supuso que el chico ni siquiera levantó la vista de su tarea. Continuó examinando los fósforos.

-¿Para qué el fuego? – preguntó ella. Una ráfaga de viento le hizo perder el equilibrio y caer de rodillas. Pequeños trozos de madera carbonizada se le hundieron en la piel.

-El frío – masculló él. Se acercó a la muchacha y fue entonces que algunas de sus delicadas facciones se hicieron perceptibles –, ¿no lo sentís?

Ella se quedó callada, pensando en aquellas palabras. Claro que lo sentís, tanto que todo su cuerpo temblaba, pero no creía que se haya referido a ese frío, sino que a uno peor. En el silencio que prosiguió, ella notó que el callejón era en realidad mucho más extenso de lo que en un principio parecía, y estaba lleno de otras personas tan desesperadas como el muchacho frente a ella. Sombras que revolvían el suelo en busca de fósforos de cabeza roja. Cenizas volando en el gélido viento azul. Tan abarrotado, tan vacío.



-¿No lo sentís?

Ella introdujo os puños dentro de os bolsillos de su fino abrigo, buscando calidez donde no había nada... ¡No! Pero sí había algo allí. Algo que rozó con su dedo y luego colocó en la palma de su mano. Un fósforo nuevo e intacto. Usó la superficie del suelo para prender el fuego, una pequeña llama que iluminó sus alrededores. Ojos sin vida. Heridas que nunca cicatrizaron. Rostros perdidos en la oscuridad.

Solo un fósforo había bastado para que se diera cuenta de que estaban todos muertos. Todos, incluso ella misma, incluso yo, que observaba a la muchacha desnutrida desde las sombras del callejón. No éramos más que almas quemadas, desnutridas, maltratadas y desaparecidas. Si vivir era fuego, nosotros estábamos atrapados en el humo.



Mención

Lucila Romero

Colegio San Andrés Avelino

“La niña que dibujó sus sueños”

En una pequeña casa, en las afueras de un pueblo, vivía una muchacha a la que le gustaba dibujar. Siempre tenía consigo un par de hojas y un lápiz para plasmar en ellas sus ideas. Solo dibujaba en su habitación. Su casa era muy pequeña y las ventanas tenían muchas rendijas y, durante el invierno, el helado viento se filtraba por todas partes. Al no tener estufas, la niña debía abrigarse con mucha ropa. Ella se resguardaba de la realidad en sus trazos de colores. Una noche invernal, la chica se encontraba en su habitación dibujando, como solía hacer. Ella siempre conseguía inspiración por la noche. Tenía mucho frío. Comenzó a dibujar un cuarto lindo y calentito. Cuando terminó el boceto, lo observó. Al parpadear... ¡Se encontraba en la habitación que acababa de dibujar! Era grande y tenía una chimenea encendida que irradiaba luz y calentaba el lugar. La niña se sentía cómoda y feliz. Pero, cuando volvió a parpadear, se encontró de vuelta en su cuarto, pequeño y frío, tan distinto del lugar donde estaba hacía unos segundos.

La muchacha tenía mucha hambre. Decidió dibujar, esta vez, un comedor con una mesa llena de deliciosos platillos. Observó el boceto y cuando parpadeó, se encontró en el mismo comedor que había trazado en su hoja. Sobre la mesa había una gran variedad de comidas y todas lucían igual de gozosas. Cuando se acercó a uno de los platos, todo se esfumó. Otra vez estaba en su casa donde no había nada para comer.

La nena quería un vestido parecido a los que utilizan las princesas de los cuentos de hadas. Diseñó uno. Era color anaranjado, tenía muchos volados y detalles. Miró el dibujo y parpadeó. Al abrir los ojos, frente a ella se encontraba un hermoso vestido hecho con las telas más finas, suaves y elegantes que haya visto jamás. Tenía bordados de hilos dorados y piedras preciosas. Nunca había visto algo parecido. Pero al intentar tocarlos, y como ya se imaginaba, el vestido desapareció de su vista. En vez de tener puesto un traje bellísimo y lujoso, llevaba unos ropajes andrajosos.

Ahora, la niña quería una cómoda cama con un colchón de plumas. La plasmó sobre la hoja en blanco. Cuando terminó, miró el dibujo y parpadeó. Delante de ella había una comodísima cama, con muchas colchas y almohadones. Estaba por recostarse sobre esta, pero, al abrir los ojos, estaba en su habitación; y en vez de tener un colchón de plumas y muchos almohadones y muchas colchas, tenía un durísimo colchón y un pedazo de tela para cubrirse mientras dormía.

Esta vez la chiquilla dibujó la terraza de una casa que se encontraba en un boque. En la azotea, dibujó un atril y junto a este, muchas pinturas de distintos colores. Al parpadear, fue transportada a ese mundo que ella diseñó. Sonrió al ver que el lugar era mucho más bello de lo que dibujó, incluso más bello de lo que se había imaginado. No quiso tocar nada, ni parpadear, ni siquiera moverse, porque sabía que sino todo desaparecería, pero también sabía que eso jamás duraría para siempre. Y parpadeó. Todo se esfumó y otra vez estaba en su casa.

Miró las hojas. Sólo le quedaba una. Entonces, decidió dibujar una cascada. Alrededor de esta,



dibujó plantas y animales. Le dio color y vida a la serie de trazos. Entonces, parpadeó. Efectivamente, estaba en la cascada que acababa de pintar. Era maravillosa; incluso, podía escuchar el ruido del agua fluyendo. Parpadeó nuevamente, esperando encontrarse en su casa, pero no fue así. Incrédula, volvió a parpadear, pero seguía en el dibujo. Parpadeó muchas veces más, pero nunca llegó a su hogar otra vez. Asustada, comenzó a tocar lo que tenía a su alcance, creyendo que así todo se esfumaría pero no sucedió nada. Todo seguía igual. Estaba atrapada en su propio dibujo.

En una pequeña casa en las afuera de un pueblo, se encontraron un montón de hojas acumuladas, todas llenas de hermosos y coloridos dibujos. Llenas de arte. Estas tapaban el cuerpo pálido de una niña. Los médicos dijeron que murió de hambre y frío, aunque no comprendían la sonrisa de la chiquilla. Pero ellos, y en realidad nadie, se enteró de los lugares que visitó la muchacha, de los sueños que sintió y vivió, y de lo feliz que fue. Nadie se enteró, a excepción de ustedes.



Mención

Joaquín Hernández

Colegio Modelo Lomas

“La niña color verde”

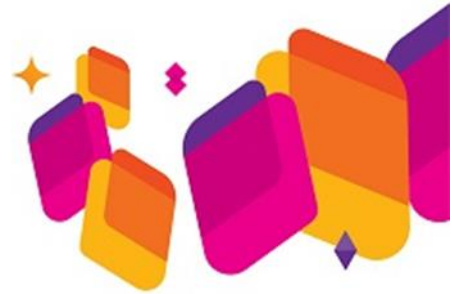
¡Qué frío hacía! En la estación de tresne, la muchedumbre corría apresurada. Como todos los años en esa misma época, la gente se tenía de miles de colores. Cargaban cajas enormes forradas con finos papeles festivos, movían sus cuerpos convulsivamente para evitar congelarse, sin perder la inmutable expresión de felicidad que tanto niños como adultos compartían. Se saludaban. De sus bocas salía una niebla que se abrazaba con la ya presente en el aire, y hacía el paisaje un poco borroso, y las luces un poco más tenues. Es por esto que la gente brillaba tan fuerte, como fulgurantes arcoíris que danzaban sobre la oscuridad áspera del suelo.

Contra una pared de ladrillos cercana a las vías, se erigía un montículo que ni siquiera rasguñaba la armonía del ambiente. Una sucia sobra de color gris y tierra, que se mimetizaba con el desgastado revoque y con los tonos opacos de los fierros, y que se hubiera camuflado de manera aún más perfecta en los días de semana, cuando el tren recogía a los trabajadores. Sólo ella era sombra entre tanta luz. Complementaba la estructura de la estación. Unos tirabuzones indómitos- que alguna vez supieron ser rizos dorados- colgaban de su cabeza, como serpientes endurecidas en plena rebelión contra una Medusa que se atrevió a mirar su reflejo. Tapaba con un gigante chaleco, que había conseguido quién sabe dónde, su diminuto cuerpo curtido por la pobreza y el clima. Por debajo del insuficiente abrigo, se asomaban dos piecitos hinchados, lívidos, con tonos apagados de violetas y blancos. Toda su figura se oscurecía. ¿Quién le había robado el color que alguna vez tuvo? ¿A qué pintor celestial habría que contratar para poder devolverle algo de ese color que ella veía en los otros?

Los adultos coloridos que pasaban cerca de ella eran hábiles para hablar callados. Sus miradas esquivas y furtivas decían más de lo que mil libros podrían llegar a decir. En cambio, los pequeños coloridos se empeñaban en prestarle atención a la sombra de la pared, pero aprendían a no hacerlo luego de las violentas señales de sus padres. Así se reproducía la forzada evasión de la tristeza. Así se reproduce la hipocresía.

Constantemente, la manchita descolorida se preguntaba “¿por qué a mí?” Tal vez podría haberle echado la culpa a ese gato negro que se cruzó el día que escapó de su casa, o a esa escalera abierta que atravesó corriendo mientras jugaba con su hermano. Cuánto más feliz habría sido si hubiera podido adjudicarle a algo su mala suerte, la mala suerte de ser invisible. La pequeña buscó en el único bolsillo del chaleco que la cubría y encontró un fósforo, marrón y con la punta roja. Con las manos entumecidas, logró encenderlo, raspándole la cabeza contra el suelo. La llama se hizo presente. Con su luz proyectaba en las sombras todos los colores que la tristeza les había quitado; los ladrillos se volvieron naranjas, el piso azul y la niña, verde. Un verde fuerte, fugaz, como el de las hojas de los árboles en verano. Mientras miraba al fogón diminuto, recordó una canción que su abuela – la única persona a la que había amado – le cantaba antes de arroparla.

“En el alba hay una lucecita;



*Brilla y brilla lucecita
Aunque las estrellas se pongan celosas;
Brilla y brilla lucecita
Aunque el sol intente taparte,
Brilla y sigue brillando”*

Más que una inocente canción, era un anhelo, un rezo. La nostalgia la hizo sonreír. Desde su lagrimal, un minúsculo bombero malicioso lanzó una gota que humedeció la rojiza cabeza del fósforo. La llama se apagó, así como los colores de los ladrillos, del suelo, de la cara de la pequeña.

En vísperas de Navidad, contra la pared de la colorida estación de trenes, descansó finalmente la niña.